

GLOSAS

ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA



Correspondiente de la Real Academia Española

Director: Gerardo Piña-Rosales

Comisión de Traducciones

Presidente: D. Joaquín Segura

Vocales, por orden de antigüedad de nombramiento:

D. Emilio Bernal Labrada, D. Antonio Culebras, D.^a Leticia Molinero, D. Francis D. Gómez, D. Mordecai Rubín, D. José Manuel Gómez y Méndez, D.^a Estelle Irizarry, D. Wenceslao Carlos Lozano, D. David J. Deferrari, D.^a Rima de Vallbona, D.^a Silvia Faitelson-Weiser, D. Ubaldo Di Benedetto, D. Carlos Abad, D. Fernando A. Navarro, D. Tomás Rodríguez-Pantoja, D. Raúl Miranda Rico, D. Domingo Prieto, D. Francisco Marcos Marín, D. Eugenio Chang-Rodríguez, D. José Luis Sierra-Ponce de León, D. Antonio Garrido Moraga, D. Joaquín Badajoz, D. Juan Manuel Pascual, D. Daniel Fernández, D. Gerardo Piña-Rosales, D. Nicolás Toscano Liria, D. Rolando Hinojosa-Smith, D.^a Domnita Dumitrescu, D. Carlos E. Paldao, D.^a Nuria Morgado.

Volumen 8, Número 3

Junio de 2013

Redacción: J. Segura, 35142 Carnation Lane, Fort Mill, S. C. , Teléf. 803-547-0515

Correo electrónico: jbsegura3@gmail.com

[www. anle. us](http://www.anle.us)

Algunos males no menores en el uso del lenguaje

Francisco Muñoz Guerrero *

Academia Norteamericana de la Lengua Española

El lenguaje no es un ente estático, sin mudanza, sino una estructura viva que se hace, cambia y fortalece con el uso. El lenguaje se moldea en la calle —y en las páginas de los buenos libros— y son los hablantes los encargados de darle forma. Es así como se convierte en el elemento de comunicación verbal y escrita con el que las personas nos relacionamos y ponemos de manifiesto aquello que pensamos o sentimos. Es decir, el lenguaje es uno de los componentes que integran las agrupaciones humanas como parte activa de su desarrollo y evoluciona a la par que estas, por lo que sería un intento baldío —y contraproducente— tratar de detener su progreso.

Su condición de elemento vivo lo hace permeable a las circunstancias del medio en que se desarrolla, en el cual, a su vez, deja sentir su influencia. Se establece así una correspondencia biunívoca, recíproca, una especie de simbiosis en la que cada parte saca provecho de esa reciprocidad: los hablantes se sirven del lenguaje y este se nutre con las aportaciones de aquellos.

Aparecen de este modo nuevas formas de expresión, palabras y frases nuevas que sirven para nominar lo que necesita distinguido con un nombre para ser sustantivado, nombre que luego pasa al patrimonio lingüístico, que se enriquece con esta herencia. La ciencia y la técnica —muy particularmente la informática— son buenos ejemplos de este intercambio.

Que el lenguaje puede ser objeto de mal uso es un hecho. Pensemos en esas expresiones hinchadas y altisonantes que a veces escuchamos o leemos. Es más que probable que quienes se sirven de ellas crean que están en la cima de la corrección cuando lo cierto es que no solo no añaden nada al idioma sino que lo afean.

Muchos de esos desacertados usos son debidos a la pobreza de léxico y al poco cuidado de los hablantes, disculpables en cierta medida cuando se trata de capas sociales menos cultas pero inadmisibles en personas de mayor formación.

La divulgación de determinados empleos errados en los medios de comunicación o en los foros políticos puede llegar a convertirse en una anomalía dañosa cuya consecuencia es un empobrecimiento paulatino de la lengua.

Para una comprensión más gráfica de lo dicho consideremos que el lenguaje, en tanto que elemento vivo, es un paciente al que se le pueden contagiar ciertas enfermedades debido a una praxis no adecuada en su tratamiento. En otras palabras, el uso del lenguaje puede resultar aquejado de algunos males a los que nos vamos a permitir

denominar con términos engañosamente médicos. Entre esos males se citan los siguientes: mayusculitis, pleonasmitosis, filocomodinia, archisilabismo, extranjerosis, atilduria, eufemistosis, acomiasis, policomiasis y anarticulososis.

No se trata de una ordenación jerarquizada y sistemática, ni siquiera de una disposición por clases; no es más que una relación en la que no existe prelación alguna de un elemento sobre otro. Por lo demás, no responde a ningún criterio normativo gramatical ni ortográfico sino a una mera nominación figurada y, hasta cierto punto, jocosa.

En este trabajo nos vamos a referir al primer componente de esa lista.

MAYUSCULITIS

En un imaginario *Vademécum de males inherentes al uso inapropiado del lenguaje* podríamos encontrar la siguiente definición para esta dolencia lingüística:

mayusculitis.

(Del lat. *maiuscŭlus*, dim. de *maior*, e *-itis*).

f. Hinchazón del enunciado escrito como consecuencia del empleo excesivo e inadecuado de las mayúsculas, lo que deja el texto falto de despejo y lucimiento.

La propensión al mayusculeo se extiende a todos los sectores y no muestra una especial inclinación por alguno en concreto. La realidad que nos circunda está plagada de mayúsculas impropias, extemporáneas, desacertadas, discordes, inadecuadas, incongruentes, contrarias a la sana razón ortográfica, apostadas en las líneas de los textos como si quisiesen vigilar nuestras reacciones cuando nos encontramos ante ellas. Veamos unos cuantos ejemplos sacado del día a día.

1) Texto impreso en el envase de una conocida marca de caldo de pollo

Caldo
Casero
de Pollo

Para elaborar un litro de este caldo, utilizamos los siguientes ingredientes:
Agua, Pollo fresco 14%, Apio 0,5%, Patata 0,4%, Cebolla 0,2%, Zanahoria 0,2%, Puerro 0,2%, Grasa de Cerdo, Aromas Naturales (contienen huevo y apio), Sal y Especias.

(Obsérvense los signos de puntuación, la colocación del símbolo % unido a las cifras y la curiosa distribución del texto. Se supone que el envase y el mensaje comercial han sido diseñados por un publicista o un especialista en márketing.)

2) Cartel colocado en los pasillos de un acreditado hospital universitario

No se **Permite** la **Estancia** de
Familiares en las **Habitaciones**
y **Pasillos** durante la **Visita**
Médica (de 9 a 13 **Horas**)

3) Valla publicitaria de un importante banco

Alquiler de **Viviendas**
de 2 y 3 **Dormitorios**
y **Plazas** de garaje

4) Calendario de mano de una empresa de radiotaxis

Facturación mensual a **Empresas**
Cobro con **Tarjetas**
Punto de **Encuentro** en **Aeropuerto** y **Estaciones**
Solicitud de **Taxi** con **Antelación**
Viajes y **Desplazamientos** a **Toda España**

(Nota: Los resaltes con negritas en los cuatro ejemplos son míos.)

Como puede comprobarse, hay para todos los gustos. Para algunos —los llamados mayusculistas— las mayúsculas parecen gozar de unas propiedades casi místicas. Si a un sustantivo o a un adjetivo —e incluso a algún adverbio— no se les concede el privilegio de disfrutar de la mayúscula inicial, es como si no existieran. A veces pienso que el mayusculista debe de experimentar una especie de éxtasis gramatical cada vez que mayusculea libremente; de otro modo no se explica tanto desaguisado ortográfico.

Lo imagino recorriendo absorto el laberíntico mundo de las palabras, pertrechados con una buena reserva de versales y versalitas, a la búsqueda de modestos nombres comunes para obrar el prodigio de transmutarlos en rutilantes nombres propios. Admitámoslo sin ambages ni reservas: se trata de un acto de alta magia, de pura alquimia ortotipográfica.

El mayusculismo no deja de ser una mera fantasía visual que muestra su debilidad por la palabra escrita pero no por la palabra dicha, por la palabra sonora. No conozco a nadie que se exprese oralmente con mayúsculas y minúsculas. Esos textos tenazmente maculados con grandes letras no dejan de ser textos ortográficamente anómalos cuya grafía falsamente apodíctica no se articula ni condice con el verdadero sentido del discurso, inútilmente deslucido en su presentación escrita a causa de un uso viciado de los medios que la ortografía pone a nuestro alcance para escribir correctamente nuestra lengua.

No se puede negar que las mayúsculas cumplen una función gramatical y que son necesarias cuando se emplean como es debido, esto es, con moderación, con buen criterio y con las pautas que la norma señala. Ningún exceso es bueno, por lo que es menester ser cautos en su aplicación.

Su mundo es un mundo complicado y en parte bastante misterioso. El ortotipógrafo y lexicógrafo José Martínez de Sousa distingue nueve tipos de mayúsculas: estilística; diacrítica o diferencial; subjetiva; de proximidad; genuflexiva, reverencial o de respeto; de ornato; de dignidad; de la publicidad, e intermedia o intercalada.¹

Como se ve, casi hay una mayúscula para cada ocasión, pero eso no significa que su empleo deba ser arbitrario e insubsistente. Situaciones como las que recogen los ejemplos anteriores no solo resultan enojosas para el buen uso del lenguaje escrito sino que pueden caer en lo grotesco. ¿Qué diferencia hay para un oyente entre Presidente y presidente, entre Teniente General y teniente general, entre Director General y director general, entre Ministro y ministro, entre Rey y rey, entre Rector Magnífico y rector magnífico, entre Arzobispo y arzobispo, entre Papa y papa, entre Secretario de Estado y secretario de Estado? ¿Es que acaso un abogado es menos abogado porque su profesión se escriba con minúscula? ¿O un ingeniero es menos ingeniero? ¿O un obispo es menos obispo? Evidentemente, no.

Aunque en rigor ciertos usos mayusculistas no puedan considerarse incorrectos, es importante tener presente lo que dice la *Ortografía de la lengua española*: «Conviene recordar siempre, sin embargo, que la mayúscula es la forma marcada y excepcional, por lo que se aconseja, en caso de duda, seguir la recomendación general de utilizar con preferencia la minúscula».²

Es más higiénico y más estético, añadimos nosotros.

Francisco Muñoz Guerrero <fmunoz.colontrece@gmail.com>
Exsecretario general de la Fundación del Español Urgente-Fundéu. Miembro correspondiente de la ANLE.
Escritor. Autor, entre otras, de las novelas *El Bosque del Rey* (Fundación Luis Ortega Bru) y *Las colinas del Edén* (Random House / Mondadori). Esta última ha sido traducida a varios idiomas. La ANLE publicará este otoño su novela *El canto del gallo*.

¹ MARTÍNEZ DE SOUSA, JOSÉ: *Diccionario de uso de las mayúsculas y minúsculas*, 2.ª edición. Gijón: Ediciones Trea, 2010.

² RAE, ASALE: *Ortografía de la lengua española*, pág. 446.

Densidad de información del español vs el inglés

Juan Andrés Gualda Gil *

En el mundo el idioma español, como lengua materna, es ya casi tan hablado como el inglés, su principal competidor en el ámbito occidental, el cual es ejemplo de simplicidad y flexibilidad, tiene una gramática sencilla y pocas desinencias verbales, carece de tildes, admite la elisión del punto trasero en las abreviaturas y acoge y forma nuevas palabras con suma facilidad. El filólogo y académico español Emilio Lorenzo dijo en una entrevista que «el idioma inglés no tiene miedo al ridículo [...]. El idioma español siente recelos y temores ante cualquier innovación y no llega al aprovechamiento exhaustivo de sus propios recursos expresivos». La lengua española tiene miedo a la libertad, es muy rígida y timorata y considera herejía condenable todo aquello que rebase un poco los límites de su férrea disciplina. Por eso Jorge Luis Borges fue un enamorado, amor a veces incomprendido, de la lengua inglesa.

El español escrito tiene una media de 5 letras por palabra (el número medio de letras por palabra de cualquier idioma puede calcularse aproximadamente cargando una novela en un procesador de textos y yendo a las estadísticas donde se da el número total de caracteres y el número total de palabras). La mitad de las palabras españolas son monosílabas, la tercera parte bisílabas y poco más de la décima parte son trisílabas. De todo ello se deduce que el número medio de sílabas por palabra es 1,7 y que el número medio de letras por sílaba es 2,94. El 80 % de las palabras polisílabas son llanas, el 17 % son agudas y el 3 % son esdrújulas. La palabra llana es, pues, el tipo mayoritario de palabra española.

El inglés tiene un total de 35 fonemas¹ (12 vocálicos y 23 consonánticos) mientras que el español solo tiene 24 (5 vocálicos y 19 consonánticos). Tal riqueza fonémica le ha permitido al inglés tener un léxico compuesto por muchas palabras monosílabas. La lengua inglesa ha evolucionado formando palabras monosílabas muy fácilmente. Distintos monosílabos pueden formarse añadiendo simplemente una consonante, por ejemplo *so*, *son*, *song*, *songs*. También cambiando una sola vocal: *sing*, *sang*, *sung*, *song* o *drink*, *drank*, *drunk*. Pero aquí no terminan las posibilidades combinatorias para formar monosílabos pues, además de las vocales simples, se recurre a los diptongos, que son muy abundantes (*down*, *house*, *quick*, *quiet*, *soul*, *wait*, *wine*...). Y aquí no acaba todo porque a muchos de esos monosílabos se les puede añadir una *s* líquida inicial, que hace que la palabra siga siendo monosílaba (*cab/scab*, *can/scan*, *car/scar*, *core/score*, *kill/skill*, *lay/slay*, *light/slight*, *low/slow*, *mile/smile*, *nail/snail*, *pain/Spain*, *pot/spot*, *print/sprint*, *team/steam*, *top/stop*...). Y así la lengua inglesa tiene una media de 1,4 sílabas por palabra, netamente inferior a las 1,7 sílabas por palabra de la lengua española, es decir, un 15% menos². El español proporciona, pues, menos cantidad de información por sílaba que el inglés.

La lengua inglesa también es más compacta que la española. Un texto en inglés contiene menos palabras que ese mismo texto traducido al español (un 10% menos)³. Combinando este ahorro con el de un menor número de sílabas por palabra, obtenemos que un texto en inglés contiene un 25 % menos de sílabas que en español y, por consiguiente, se lee en menos tiempo. Igual ocurre en la conversación normal y de ello resulta que la lengua inglesa permite que la comunicación hablada sea más rápida que la española. Así lo ha demostrado también el lingüista François Pellegrino⁴, que ha encontrado que, aunque el inglés se pronuncia más reposadamente que el español (menos sílabas por segundo), la cantidad de información transmitida por aquella lengua por unidad de tiempo es un 10 % mayor que en español (y también es mayor en inglés que en francés, alemán, italiano, japonés o chino).

En general un mismo escrito es también más corto en inglés que en español, ocupando una media de un 10 % menos, con lo que al estar escrito en inglés se obtiene un 10 % de ahorro de papel y tinta³. Además de comparando una misma novela traducida a ambas lenguas, esta diferencia también puede observarse, por ejemplo, comparando las instrucciones de uso de los electrodomésticos o de los aparatos electrónicos domésticos y también comparando las instrucciones o normas orientadoras bilingües de los carteles colocados en sitios públicos (hoteles, museos...).

Las palabras de la lengua inglesa tienen una media de 5 letras, igual que el español. Hemos visto anteriormente que las palabras inglesas están compuestas por una media de 1,4 sílabas, por lo que la sílaba inglesa consta de una media de 3,57 letras. La sílaba inglesa necesita más letras que la española para poder representar tanto fonema sin echar mano de tildes y así muchos fonemas se representan combinando varias letras. Por eso en inglés existen palabras cortas de pronunciar y largas de escribir (recordemos la palabra monosílaba de la tónica *Schweppes*, que tiene 5 fonemas y 9 letras).

Hasta épocas tardías la lengua inglesa no tuvo un sistema de escritura apropiado pero con la invasión romana adoptó los caracteres latinos. Estos caracteres estaban pensados para representar los fonemas en latín pero no para los fonemas ingleses, que, además de ser muchos de ellos distintos de los latinos, son más numerosos. La lengua inglesa consta de 35 fonemas pero solo dispone de 26 letras para representarlos en la escritura. Una solución hubiera sido asignar nuevas funciones a las letras añadiéndoles todo tipo de tildes, diéresis y cedillas con lo que se tendría una escritura fonológica aunque excesivamente complicada y antiestética. La solución adoptada fue despreciar las tildes y otros signos diacríticos para tener una escritura limpia y estética. ¡Maravilla pensar que con solo 26 letras se puedan representar 35 fonemas! Ello es posible porque las palabras escritas, en cualquier idioma, en realidad son «pictogramas». Al eminente lingüista Noam Chomsky la ortografía del inglés le parece admirable.

Podemos concluir, pues, diciendo que la lengua inglesa, tanto la hablada como la escrita, contiene más densidad de información que la española y es una herramienta de comunicación un 10 % más rápida y eficaz.

NOTAS

¹ Hay autores que dan una cifra distinta.

² Las cifras numéricas que se dan en este artículo son, evidentemente, aproximadas y están redondeadas.

³ Puede comprobarse fácilmente sin más que comparar una misma novela traducida a ambas lenguas.

⁴ Pellegrino:

<http://francisthemulenevents.wordpress.com/2012/04/04/hablar-mas-rapido-no-implica-transmitir-mas-informacion/>

y también

http://www.ddl.ish-lyon.cnrs.fr/fulltext/pellegrino/Pellegrino_to%20appear_Language.pdf

*Juan Andrés Gualda Gil es profesor universitario y autor del libro *Propuesta racional para simplificar la ortografía*. Madrid, Bubok, 2011 (www.ortografiasencilla.com).

